

Pero peca, porque su naturaleza no puede escapar a la armonía que el Señor impuso al Universo. Peca porque su apreciación no crea una ley. En la búsqueda de su autonomía (rebelión) impone su querer sobre la voluntad de Dios. Y llama bueno a lo malo porque pretende poder estatuir su propio orden moral.

Sin embargo, estatuir el orden moral es privilegio exclusivo de Dios.

Esta es la catequesis. ¿Podía tener para el autor, alguna importancia, la especie del pecado? Uno u otro, todos delatan la misma raíz: una voluntad de autonomía absoluta.

FE Y CIENCIA MODERNA

Por el Prof. Dr. HANS PFEIL. (Bamberg, Alemania)

Como es sabido, la ciencia natural matemática, característica de la era moderna, trajo consigo un desarrollo hasta ahora desconocido de la economía, la técnica y la industria e hizo esperar una mejoría todavía mucho mayor en todas las condiciones humanas de vida. A la vez tendió en su avance a una explicación mecanicista de la naturaleza que, como se vió después, hasta se mostró apropiada para someter a su interpretación también todo el ser orgánico y anímico, espiritual y cultural. De este modo se complementaron las razones prácticas y teóricas y motivaron el reconocimiento entusiasta y de serias consecuencias, de las nuevas concepciones. Pero a su proclama se ligó no pocas veces la afirmación —ciertamente casi nunca de parte de los investigadores verdaderamente conductores e impulsores—, de que los nuevos resultados de las ciencias, como las consecuencias filosóficas resultantes de ellos, son unívocamente aptos para refutar los dogmas de la teología, de modo que ya no puede hablarse de una armonía entre sabiduría y fe, y menos de un carácter propedéutico de la filosofía frente a la teología. Más bien se habría “manifestado fuertemente la oposición aguda e inconciliable entre la concepción del mundo científico-natural y la ortodoxo-cristiana”¹, y “la esperanza por un florecimiento poderoso y amplio de la cultura en el siglo XX” puede ser mantenida solamente “si los caminos acostumbrados de los dogmas tradicionales y de la superstición clerical son abandonados y el conocimiento natural monista racional logra el mando en su lugar”².

En particular, hubo tres grupos de juicios cuya oposición a las doctrinas de fe de la teología fué fuertemente acentuada.

¹ *Concepción ultramontana del mundo y moderna doctrina de la vida, ortodoxia y monismo*. Editado por L. Plate, Jena, 1907.

² De la tesis 29, establecida por Ernest Haeckel, para la Liga de los Monistas.

Así se dijo que, en el traspaso de la concepción geocéntrica a la heliocéntrica y de ésta al conocimiento del sistema de la vía láctea y, finalmente, de las nebulosas extragalácticas, se ha mostrado cada vez más la infinidad espacial y temporal del mundo. ¡Cuán pequeño parece ahora nuestro mundo en el universo infinito y cuán completamente incapaz es de formar el escenario para una historia de salvación, de significado divino! Y ¿en dónde podría haber lugar todavía para un cielo o para un infierno? Desde que el mundo ha ocupado lo infinito, hasta para Dios mismo hay "falta de vivienda" (Ludwig Feuerbach), las doctrinas de la existencia de Dios y de su influencia sobre el mundo son suposiciones infundadas y falsas, y la ciencia no necesita de estas hipótesis, porque ella puede demostrar, que la infinidad de las cosas y los diferentes escalones del ser en el mundo, no deben su existencia a la creación y mantenimiento por Dios, sino a la ley de evolución que domina todos los acontecimientos. Según esta firme ley natural —así se siguió diciendo— se han producido poco a poco desde un comienzo material en un tiempo infinito, las actuales estructuras micro y macrofísicas; luego, en un momento determinado, de lo inorgánico se han originado, a causa de apropiadas condiciones del mundo circundante, también los organismos más simples y de éstos, a causa de variabilidades casuales y de una selección mecánica de los más fuertes en la lucha por la vida, han evolucionado, en el transcurso de millones de años, especies e individuos innumerables de plantas y animales. En esta serie natural de evolución hay que insertar también al hombre, ya que, especialmente en su estado primitivo, no puede mostrar ninguna diferencia esencial frente a los primates; su espíritu es sólo una cúspide de la vida; libertad e inmortalidad son únicamente meras ilusiones de su fantasía.

Ernst Haeckel dijo que la antropología no es más que una rama especial de la zoología; y Rudolf Virchow afirmó:

"Cuando se haya comprobado una vez la teoría de la descendencia, entonces se derrumbará la historia de Adán y Eva; entonces tendremos que volver a la teoría del mono"³.

³ Véase OTTO ZÖCKLER, *Gottes Zeugen im Reiche der Natur* (Testigos de Dios en el reino de la naturaleza), p. 4, 2ª Edición Gütersloh, 1906,

Así como al hombre no se le concede una posición particular en la naturaleza, así se explica también toda su cultura desde la naturaleza sujeta a evolución. Toda cultura debe considerarse como un producto mecánica y biológicamente necesario, de factores sin espíritu, como un mero efecto de reflejos y una super-estructura ideológica de sucesos material-económicos, o como sublimación de impulsos libidinosos y deosos de figurar, o como "la formación de conciencia de lo vegetativo-vital de una raza" (Alfred Rosenberg); y por eso a cada cultura se le debe conceder sólo un significado relativo y pragmático. Pero en cuanto se considera todo eso, se debe admitir, —según aquella posición— que ciencia y filosofía son capaces de explicar todo el ser y devenir en el universo infinito, empezando con la protomateria hasta llegar a los esfuerzos más altos en ciencia, técnica y arte, de manera puramente natural, en una relación casual, cerrada y concluida; y se afirma así que la religión, incluso justamente la cristiana, es sólo "el producto ingenuo de un pensar precientífico" (Oswald Spengler).

Como ya se ha indicado antes, la mayoría dominante de los investigadores y descubridores realmente conductores y creadores, como Kepler y Galilei, Boyle y Newton, Haller y Euler, no se han apropiado de los pensamientos radicales, sino que reconocen unívocamente a Dios y ampliamente también a Cristo⁴, mientras que han sido sobre todo investigadores de segundo o tercer orden e innumerables imitadores los que afirmaron la incompatibilidad entre la ciencia moderna y la concepción cristiana del mundo; y que rechazan y combaten el cristianismo y la religión. También en el presente se defiende, por desgracia, todavía dicha argumentación, aunque entre tanto se ha demostrado que en las doctrinas científicas y en las consecuencias filosóficas que han conducido a este argumento, se encontraban contenidas varias semiverdades, meras hipótesis y hasta algunas

⁴ Compárese OTTO ZÖCKLER, loc. cit., K. A. KNELLER, *Das Christentum und die Vertreter der neuen Naturwissenschaft* (El cristianismo y los representantes de la nueva ciencia de la naturaleza). 2ª Edic., Freiburg, 1904. *Die Natur- das Wunder Gottes* (La naturaleza, el milagro de Dios), 5ª Edic., Bonn, 1950, editado por Wolfgang Dennert; HUBERT MUSCHALEK, *Gottbekenntnisse moderner Naturforscher* (Profesiones de Dios por modernos investigadores de la naturaleza). Berlin, 1952,

equivocaciones e interpretaciones erróneas. Pero que éstas se mantengan de la misma manera sin o con corrección aún hoy en día, se debe a dos razones. Es conocido que a la ley de inercia corresponde en el dominio de lo espiritual un significado análogo al que tiene en el dominio de lo material; la historia de todas las ciencias muestra cuántas veces se ha pasado por encima de descubrimientos importantes y decisivos —como en 1892 en la sesión de la Sociedad Alemana para Cirugía el discurso de Karl Ludwig Schleich sobre su descubrimiento de la anestesia de infiltración— al orden cotidiano⁵ y cuántas veces conocimientos nuevos y revolucionarios se creyeron durante mucho tiempo erróneos y hasta imposibles. Por esta tendencia de inercia espiritual se explica, quizá en parte, el que todavía hoy se mantengan también aquellos pensamientos y demostraciones difundidos en el siglo pasado, que sirvieron de sostén a la objeción. Pero a esto se agrega, ciertamente, como segunda razón, la tendencia consciente o inconsciente de la confirmación y vigorización de la propia posición deísta o ateísta, en todo caso anticristiana. Julius Robert Meyer pudo escribir en 1874 sobre el darwinismo común: *“Esta posición, sin duda, tiene tantos adherentes en Alemania, porque de ella se puede hacer un capital para el ateísmo”*⁶ De igual manera se presenta todavía hoy la objeción para poder atribuirle al odioso cristianismo un carácter a y anti-científico y de hacer aparecer al propio ateísmo, al cual se quiere mantener a cualquier precio, como una exigencia de la ciencia y de la filosofía.

Pero todas las tendencias de conservación, de rechazo y de oscurecimiento no pueden detener el progreso de la ciencia, y otros círculos que aún no están masificados y todavía están interesadas en comprensiones y valores espirituales llegan continuamente al conocimiento de que, desde más o menos un siglo, se ha elaborado, por muchas e importantes investigaciones y descubrimientos particulares, una nueva imagen del mundo física, biológica, psicológica y cultural-científica, por lo menos en sus rasgos fundamentales; los diferentes estratos del ser aparecen

⁵ Compárese empero, también para este ejemplo, a AUGUST BIER, *Die Seele* (El alma) pp. 139 ss., 9ª edición, Berlín, 1942.

⁶ Compárese a OTTO ZÖCKLER, o. c., p. 327.

hoy bajo una luz distinta. La materia ha perdido casi su carácter material, en aquel entonces tan bruto; la presumible compactidad se ha disuelto en un espacio casi vacío, que está ocupado a enormes distancias por desconocidos ínfimos que se mueven en vertiginosa velocidad y que unas veces aparecen como partícula y otras como onda. Aunque esto sobrepasa toda intuición, es accesible al cálculo matemático, de modo que un esquema matemático concreto, una estructura interior, una forma fluyente parecen ser lo verdaderamente esencial y “la materia física se convierte en una creación y manifestación del espíritu” y el universo físico “se parece paulatinamente más a un gran pensamiento que a una máquina”⁷. Una investigación profundizada de los sucesos de la vida, de la conservación de sí mismo, del crecimiento, de la procreación, etc., permite conocer que lo orgánico se diferencia, en principio, por una totalidad existencial y funcional, por una aptitud de automovimiento o de desenvolvimiento dirigido desde el interior, así como por una finalidad propia, frente a todas las relaciones de ser, suceso y orden que son características de lo inorgánico, y que a pesar de la mecánica que penetra profundamente en la vida, una interpretación puramente físico-química de lo orgánico se demuestra como irrealizable, por lo menos hasta el día de hoy. En lo que respecta luego a la vida anímica del hombre, muestra la psicología moderna la plena equivocación de la atomización y mecanización asociacionista e indica la necesidad de una concepción personalista totalitaria-estructural de alma y hombre. Finalmente, las ciencias culturales, el análisis de la existencia y la doctrina filosófica de los estratos se ocupan con éxito, con una penetración más profunda en las leyes de estilo de la cultura humana, que también son no mecánicas. A causa de estas ampliaciones y profundizaciones de conocimiento, que todavía progresan continuamente y que en algunos puntos principales resultan un recobrar de comprensiones antiguas temporalmente perdidas, la imagen moderna del mundo experimenta, si bien no una revolución total, sí una radical transformación. Muchos enunciados de ayer siguen siendo

⁷ JAMES JEANS, *Der Weltraum und seine Rätsel* (El universo y sus misterios), p. 201. Stuttgart, 1931.

válidos, pero su campo de validez es reducido no pocas veces. Falsas conclusiones que se sacaron de ellos son rechazadas y, ante todo, son introducidos en contextos nuevos y más grandes. Por lo tanto, la transformación se extiende no sólo a singularidades múltiples e incluso fundamentales; ella alcanza la estructura total. Pero cuánto se ha transformado ésta, ya resulta del hecho de que la nueva imagen del mundo permite reconocer las doctrinas ya no como no racionales o irracionales, sino como meramente posibles y en parte como probables; al mismo tiempo que se aclara que la objeción de la inconciliabilidad del conocimiento científico-filosófico y de la fe cristiana ha surgido de una posición científica anticuada y superada.

En lo que se refiere especialmente a los tres grupos de juicio recientemente bosquejados, la investigación actual acentúa, en contra de ellos, la finitud espacial y temporal del mundo, la posición particular del hombre en la naturaleza y la peculiaridad y la legalidad propia de la cultura. Por diferentes causas, por la huida de las nebulosas espirales, a base de las leyes que determinan el tiempo de disgregación de los elementos radioactivos, etc., se supone hoy en día, que el espacio universal, a pesar de su no limitación y de que se deba contar con su continua ampliación, representa una magnitud finita, y que la edad del universo debe ser determinada quizás con 3 a 5000 millones, pero no con más de 10.000 millones de años. En este universo finito corresponde a nuestra tierra una extraordinaria, hasta podría decirse única, posición de primacía; pues si bien es cierto que por su tamaño es una ínfima partícula en el universo, aparece —según lo que hoy se sabe— como el único entre todos los cuerpos celestes, dotado de las condiciones que son imprescindibles para la subsistencia de los seres vivientes de la naturaleza tal como lo conocemos nosotros. Y una posición media aún más extraña parece corresponder al hombre, en tanto que en el orden de las magnitudes del mundo físico se encuentra en el medio entre las dimensiones inconcebiblemente grandes de la esfera celeste y las inconcebiblemente pequeñas del dominio atómico; y por su aptitud de penetrar en ambos mundos, en el dominio macro y micro-físico, hasta se documenta su significado de alguna manera central.

En cuanto a las cuestiones de descendencia y genealogía biológicas, la ciencia se aleja del dogmatismo muy poco iluminado, del cual estaban poseídos tanto los partidarios como los adversarios del pensamiento de la evolución en el siglo XIX y todavía a principios del siglo XX. Aunque ahora se admite ampliamente que la mayoría de todos los enunciados correspondientes deben ser considerados sólo como hipótesis de menor o mayor probabilidad, y a pesar de que justamente en este dominio las opiniones divergen hoy extraordinariamente, parece existir cierta seguridad y acuerdo sobre el hecho de que la vida tiene su "historia", en tanto que en ella "se efectúa un movimiento interior, que se representa como un desarrollo lento y que desde las formas más primitivas sube a seres cada vez más perfectos, para terminar finalmente en la persona del hombre, en el despertar del espíritu"⁸.

Hoy en día, es tema de viva discusión: el cómo deba imaginarse esta historia de la vida.

Partiendo de los hechos paleontológicos y otros similares, parece ciertamente poco probable, que todas las formas de vida puedan reducirse a un punto de partida único y que las diferentes clases y razas se dejen ubicar en un solo árbol genealógico, de modo que hay que contar más bien con una original multiplicidad de las especies de los organismos. Tampoco el origen de nuevas especies, clases, etc. puede explicarse por una continua acumulación de pequeñísimas diferencias en los seres vivientes desarrollados. Más bien deben suponerse mutaciones grandes, (pero, por cierto, sólo hipotéticas), las cuales, si las condiciones de vida exteriores están dadas, aparecen de repente en el germen todavía no especializado y transforman la estructuración interior, el plan de construcción hereditario, originando de tal manera una nueva especie, clase, etc.; por lo que sería mejor hablar no de descendencia, sino de transformación y reformación, y no de evolución, sino de un despliegue discontinuo. Además, parece imposible que tales transformaciones o reformaciones puedan reducirse exclusivamente a causas mecánicas

⁸ Kardinal LIÉNART, *Der Christ und die Entwicklungslehre* (El cristiano y la doctrina de la evolución, en: *Stimmen der Zeit*, 142 (Freiburg, 1948), p. 83.

o hasta a una casualidad. Por ejemplo, la lucha por la existencia de Darwin, mostró ser un principio que podría hacer comprensible la eliminación de los menos aptos para la vida y la diferenciación de las especies y razas, pero no el nacimiento de lo nuevo superior. Aunque las causas mecánicas son, como elemento de accionamiento, de un significado que no debe subestimarse, no obstante el verdadero fundamento —ya en la micro-evolución y más en la macro-evolución— debe buscarse en disposiciones y estructuras, que se encuentran dentro de los organismos y que les capacitan para el despliegue en toda la extensión de sus variaciones, así como de la transformación hacia estructuraciones totalitarias específicamente nuevas. De tal manera, toda aparición de especies nuevas puede comprenderse solamente por legalidades totalitarias y teleológicas y debe concebirse “como un proceso dirigido interiormente que conduce a determinadas formas finales de la vida, teniendo como fin una constitución bien determinada, que es más que la mera suma de las variantes singulares y adaptaciones”⁹.

Hasta hoy no se ha podido comprobar con seguridad si en esta serie evolutiva teleológica y discontinua, se ha de incluir el cuerpo humano; y, suponiendo una respuesta afirmativa, de qué manera hay que hacerlo. No sin razones considerables opina Wilhelm Koppers, que la hipótesis del origen del cuerpo humano en el reino animal, “tropieza con una gran cantidad de importantes dificultades, no sólo desde el punto de vista biológico, sino también prehistórico y paleantropológico”¹⁰. Por el contrario, también con razones decisivas hace comprender Félix Rüschkamp en su Confesión de 1939, que se ha decidido “desde 1910... en favor de la doctrina de la descendencia, y ha admitido su aplicación al hombre, en esos casi 30 años, como posible, probable y hasta segura”¹¹. Sin embargo, sea como fue-

⁹ VINZENZ RÜFNER, *Die Natur und der Mensch in ihr*. (La naturaleza y el hombre en ella), p. 53. Bonn, 1934.

¹⁰ *Urmensch und Urreligion, in dem Sammelwerk* (Protohombre y proto-religión, en la obra conjunta. FRIEDRICH DESSAUER, *Wissen und Bekenntnis* (Sabiduría y confesión) p. 50. Edic. Ollen, 1946.

¹¹ *Der Mensch als Glied der Schöpfung* (El hombre como miembro de la creación), en: *Stimmen der Zeit*. t. 135, (Freiburg, 1939) p. 385.

re, haya surgido el cuerpo humano por una gran mutación teleológica, de una especie del mono emparentada con el chimpancé de hoy (lo cual empero es muy poco probable, en vista de la particularidad altamente especializada del cuerpo del mono y de la casi primitiva y embrional del cuerpo humano), o haya que derivarlo del primer mamífero aún no especializado; habiendo recorrido desde allí, en un orden propio, un camino peculiar bien largo (contra lo cual, sin embargo, habla el hecho de que no podría haberse mantenido tanto tiempo sin una suficiente especialización, antes de que su cerebro hubiera recibido aquella formación que es necesaria para la actividad de un alma espiritual), o háyase originado sin una relación genética con el reino animal (una suposición que satisface poco, en vista de los múltiples rasgos de parentesco y unidad del cuerpo humano con el de los mamíferos superiores); de todos modos, es muy significativo el hecho de que la diferencia esencial, que existe entre animal y hombre, se vuelve a discernir con más claridad, y que se atribuye al hombre una posición particular en la naturaleza por sus capacidades y actividades espirituales que lo elevan sobre lo meramente vital y psíquico. Mientras que el animal está insertado fijamente en un ambiente determinado, el hombre une, a su relativo estar-ligado, una superioridad frente al ambiente, en tanto que por su autoconciencia y conciencia del objeto, por su auto-dominio y dominio del objeto, y por su conocer espiritual, sentir espiritual y querer libre, puede distanciarse del mundo, elevarse por encima de la naturaleza y construir un reino de la cultura. Pero ya que el hombre es esencialmente distinto de todo animal, gracias a su alma espiritual, ocupando un puesto particular en la naturaleza y siendo punto céntrico y de relación en el mundo visible, por eso puede ponerse en discusión seriamente la derivación sólo de su cuerpo, del animal, mientras que un desenvolvimiento de su alma y con eso también de su totalidad, del reino animal, debe excluirse por principio. El hombre como tal y en su totalidad, después que fueron dadas sus condiciones de vida, ha surgido de golpe, sin una relación interna con el reino animal; y la investigación sería confiesa su impotencia para dar un juicio sobre cómo hay que explicar la aparición de este ser humano,

que es distinto *toto coelo* de todo lo que existía antes en la tierra. En cambio, puede inferirse de los hallazcos de los tiempos más remotos, que el hombre, ya en aquel entonces, usó herramientas, dispuso de habla, arte y religión, y efectuó esfuerzos en comunidad, y que, por lo tanto, era creador espiritual y cultural. La investigación crítica actual ya no trata de interpretar espíritu y cultura, a un sentido biológico y psicologista. En contra de la opinión de que el "ello" natural, impulsivo e inconsciente determina la conducta consciente del hombre, acentúan el moderno análisis de la existencia y la logoterapia, que, si bien es cierto que el yo espiritual es influenciado e impulsado por el "ello" natural, no obstante se encuentra por encima de éste y posee la capacidad para una decisión autónoma y orientada hacia el valor. Del mismo modo, pensadores modernos se dirigen contra una interpretación naturalista y psicologista de los fenómenos culturales en productos mecánicos o vitales de la naturaleza de un significado meramente pragmático, y los vuelven a reconocer como el producto de pensamientos y decisiones espiritual-existenciales y como portadores de valores transvitales, normativos y absolutos, de lo verdadero y bueno, de lo bello y santo.

En estas direcciones corren los resultados más nuevos de la investigación y, aunque no pueda predecirse a qué imagen del mundo conducirán su elaboración y profundización en los próximos decenios, sin embargo, ya hoy en día está fuera de duda, que a la pregunta sobre relación entre ciencia profana y ciencia de fe, o sea, entre saber y creer, no se puede contestar con una objeción basada en un estadio anticuado de nuestros conocimientos. Algunos creen, incluso, que las ciencias particulares a base de sus nuevos resultados, están en condiciones por sí mismas, de confirmar la fe cristiana, o bien sus fundamentos. ¿No hace conocer la física —así se pregunta en el sentido de esta opinión— que nuestro mundo se ha originado hace un tiempo finito, de protoprincipios materiales? ¿No tiene que admitir entonces en esta cuestión, de la causa de los protoprincipios, que ésta no puede encontrarse otra vez en lo material, sino únicamente en Dios? ¿No muestra la biología que lo orgánico nunca se origina de lo inorgánico, y lo animal nunca de

lo vegetal? ¿No conduce, por lo tanto, necesariamente a Dios, como al protocreador de plantas y animales? ¿No manifiesta la psicología la infranqueable diferencia entre la vida anímica, animal y humana, y la imposibilidad de su relación genética? ¿Pero no demuestra con eso que Dios tiene que ser admitido como el origen del alma humana?

A pesar de que es bien comprensible, en vista de la nueva orientación fundamental de las ciencias particulares, que algunos les atribuyan una función que fundamenta la fe y conduce a ella, debe destacarse, no obstante, en contra de esta opinión, que hay que exigir y esperar de estas ciencias solamente lo que pueda lograrse dentro de sus límites. Por lo tanto, puede admitirse naturalmente, y hasta subrayarse, que una serie de resultados de las ciencias particulares, como la ordenación del mundo por medida, número y peso, confirmada por la física, la teleología de los organismos en sí mismos y hacia el ambiente, destacada por la biología, la espiritualidad del conocer y querer humanos, descubierta nuevamente por la psicología, son valiosas confirmaciones naturales de la visión cristiana del mundo y del hombre. En cambio, todos los ensayos de parte de las ciencias particulares, que tienden a asegurar la existencia de Dios y su intervención en el mundo, deben ser rechazados como erróneos. Pues si bien puede sostenerse con seguridad la imposibilidad de una descendencia del alma humana del alma animal, como consecuencia de la diferencia profunda entre espiritualidad e inespiritualidad que las caracteriza, parece poco probable, (pero sin embargo no puede ser descartada de la misma manera fundamental y segura) la suposición que de algunos unicelulares vegetales descendan quizás también unicelulares animales, y que (lo cual sería aún más misterioso, según el estado actual de nuestro saber), algunos organismos primitivos hayan surgido de lo anorgánico. Descendencia de lo animal a partir de lo vegetal y hasta generación primitiva son aún hoy hipótesis de trabajo justificadas en la biología y la física; pero hay que negar toda validez, a las tentativas de inferir desde estos vacíos, aún existentes en las relaciones causales naturales, a Dios, partan estos ensayos de las ciencias particulares o de la

filosofía. Del mismo modo, tampoco la física tiene derecho de reducir los comienzos primitivos materiales de nuestro cosmos inmediatamente a Dios; pues la hipótesis de que los comienzos de nuestro universo pudiesen ser los últimos restos de un cosmos anterior, no puede rechazarse completamente. Debe pensarse que lo que hoy es mera posibilidad, podría ser algún día un hecho demostrado; pero siempre es grande el daño para la fe en Dios si se llega a demostrar que son falsas ideas utilizadas para la fundamentación apologética del cristianismo.

Pero más decisiva aún que la indicación de posibilidades hasta ahora no aclaradas, es la consideración del objeto y la tarea de las ciencias particulares. La física, biología y psicología se limitan por principio a sus dominios especiales de investigación y a los fundamentos más próximos de éstos; y aunque no pueda determinarse exactamente hasta qué profundidad debe penetrarse en la investigación de los principios más próximos y aunque, además, hay que admitir que esta investigación no sólo sugirió, sino hasta exigió abordar el estudio de las causas finales; no obstante, queda fuera de duda que el trabajo científico-particular, debe mantenerse siempre en el marco de las causas secundarias y que no puede elevarse nunca a la causa última, o sea, primera. Es tarea de la filosofía, más especialmente de la metafísica, estudiar los últimos principios de los diferentes dominios del mundo, así como del mundo en su totalidad. Si la metafísica se somete sin prejuicio a esta tarea, me parece seguro que reconoce a Dios como la primera causa de todo lo creado, mientras que de las ciencias particulares puede decirse solamente que hacen *recordar* a Dios. El estudio de la naturaleza, especialmente en el estado actual de la investigación, deja permanecer despierto y vivo el pensamiento de Dios y otorga al investigador el deber de buscar a Dios a través de la naturaleza y por encima de ella. Pero si hoy en día no pocos investigadores han encontrado a Dios, entonces este haber-encontrado a Dios, aunque haya sido provocado y activado por su investigación científico-particular, es, no obstante, el resultado de un decidido avanzar más allá de esta investigación y de un valiente dirigirse al pensar metafísico y a la fe religiosa.

Aunque no puede admitirse, por lo tanto, que la investigación científico-particular actual tiene la posibilidad de confirmar inmediatamente la fe en Dios y el cristianismo, hay que destacar de nuevo y con mucha mayor acentuación que entre los resultados científicos de hoy y los dogmas de la fe cristiana no existe ninguna clase de contradicción, sino una continua armonía. Los dos grandes conflictos de la era moderna, que se relacionan con los nombres de Copérnico y Darwin, han perdido por lo menos toda la agudeza, si no también todo significado. Pues, aunque no exista ningún punto céntrico en el cosmos, no obstante, le corresponde a la tierra una posición destacada, y el hombre es esencialmente más que el animal, sea cual fuere la procedencia de su *cuerpo*. Del mismo modo, se ha demostrado como erróneo el ensayo de interpretar todos los dominios del mundo de modo material o mecanicista, ensayo que atraviesa la era moderna y que se opone radicalmente al cristianismo. Pues si hoy en día aparece algo como asegurado, ello es la primacía de lo espiritual. En este sentido el físico Max Planck acentúa:

"que los elementos del universo no se encuentran aisladamente uno al lado del otro en grupos singulares, sin relación, sino que todos están unidos según un plan único, o, en otras palabras, que en todos los acontecimientos de la naturaleza reina una legalidad universal, que podemos conocer hasta cierto grado" ¹².

El biólogo Hans Driesch ve en todos los organismos "*una inteligencia manifestada*". El economista Werner Sombart opina "*que el desconocimiento de la particularidad del hombre, del cual se hizo culpable el animalismo, es una aberración del pensar humano*" ¹³. Y el médico August Bier confiesa:

"que una verdadera piedad, que supone un Dios personal y un sobrevivir personal del alma, en unión con aquél, no se encuentra en contradicción con la ciencia más estricta" ¹⁴.

La primacía de lo espiritual, acentuada por estos investigadores, encuentra su última y exacta interpretación únicamente en una metafísica teleológica-teísta:

También la hipótesis de la generación espontánea (infundada y muy improbable), así como la teoría de la descendencia

¹² *Wege zur physikalischen Erkenntnis* (Caminos hacia el conocimiento físico), tomo II, p. 98, Leipzig, 1943.

(en tanto que considera también el factor teleológico y deja sin tocar la inmaterialidad y espiritualidad del alma humana), se encuentran en perfecta armonía con los dogmas de la teología; pues no contradicen ni a la contingencia de todo ser y acontecer mundial, ni a la espiritualidad y libertad del hombre, ni a la existencia de Dios, su actividad creadora y conservadora y a su intervención natural y supranatural en el mundo. El problema del mecanicismo y vitalismo, es un problema de la concepción del mundo que no toca la fe cristiana. Hubo mecanicistas creyentes, como Descartes, y vitalistas incrédulos, como Eduard von Hartmann; y aunque se pueda comprender sentimentalmente, es lógicamente injustificado que, a causa de la religión, se prefiera el vitalismo, o que hasta se haga depender la profesión de la fe cristiana de la aceptación del vitalismo. En lo que se refiere luego a la doctrina de la descendencia, es cierto que la alternativa "creación o evolución", que en el siglo XIX ha servido a ambas partes como grito de combate, era equívoca. Ya que la doctrina de la descendencia fué adoptada en aquel entonces de inmediato por los materialistas e introducida en su sistema, se hace ciertamente comprensible que pudiera aparecer por de pronto como una parte de la concepción ateísta-anticristiana del mundo. Pero,

"desde un principio se debería haber acentuado fuertemente que el problema de la descendencia de los organismos no es absolutamente un problema de la concepción del mundo, en el sentido de que por su solución pueda tocarse de cualquier forma la última posición filosófica de un hombre"¹⁵.

Pues tanto si se supone la constancia de las especies, como la evolución de ellas, de todas maneras se presentan las siguientes preguntas: ¿de dónde provinieron las especies, o sea de dónde provinieron las formas primitivas (o la materia primitiva, si es que, además, se afirma todavía una generación espontánea), de dónde provino la fuerza para su despliegue y transformación y de dónde la dirección que ha seguido la trans-

¹³ *Vom Menschen* (Del Hombre), p. 109. Berlin, 1938.

¹⁴ *Loc. cit.*, p. 162.

¹⁵ HANS MEYER, *Geschichte der abendländischen Weltanschauung* (Historia de la concepción mundial occidental).

formación? Un examen metódico de estos problemas permite conocer que la doctrina de la evolución excluye con la misma necesidad lógica, como la doctrina de la constancia de las especies, cualquier forma de ateísmo y panteísmo, y que exige la existencia de un Dios creador y conservador, superiormente inteligente y poderoso. Si luego recordamos que la doctrina de la evolución esboza la imagen de un grandioso autodespliegue de la naturaleza y de un integral que abarca genética y teleológicamente todos los diferenciales, entonces hasta tenemos que decir que proporciona un concepto de Dios completamente opuesto al deísta y todavía más vivo y dinámico, y que nos hace entender aun en forma más impresionante la infinita fuerza de vida y el absoluto poder de creación de Dios, como su providencia, que nos inserta y somete a un plan universal unitario, en forma más impresionante de la que puede serle posible a la doctrina de constancia de las especies, por lo menos en el plano psicológico. Pero al dogma de la inocencia original y a las dotes sobrenaturales del primer hombre no contradice la doctrina de la descendencia del cuerpo humano de un organismo animal¹⁶. Sin embargo, no debe afirmarse el poligenismo en el sentido de una original multiplicidad de las razas de la humanidad, porque "desde el poligenismo se llegará siempre al final a una negación de la generalidad del pecado original o de la unicidad y singularidad histórica del pecado original"¹⁷.

Por encima de la armonía mencionada, Bernhard Bavink ha hablado en los últimos años de una "Alianza entre la ciencia y la fe cristiano-religiosa" y la ha fundamentado con la "defensa común que deben asumir necesariamente tanto la ciencia como el cristianismo contra las múltiples tentativas actuales de hacer dominar un desconsiderado pragmatismo y relativismo, que no sólo tiene que destruir inevitablemente los fundamentos

¹⁶ Compárese Cardenal LIÉNART, *loc. cit.*, p. 88.

¹⁷ KARL WENNEMER, *Über die Frage nach der Abstammung des Menschen, in dem Sammelwerk: Bindung und Freiheit des katholischen Denkens*. (Sobre el problema de la descendencia del hombre, en la obra colectiva: Obligación y libertad del pensar católico), p. 214. Editado por Albert Hartmann. Frankfurt, 1952.

de la existencia del cristianismo, así como de toda fe verdaderamente religiosa, sino, finalmente, también los de la ciencia"¹⁸.

Armonía en lo teórico y alianza oportuna en lo práctico, no excluyen naturalmente que, como en todos los tiempos, también hoy en día queden abiertas y se discutan animadamente cuestiones interesantes de límite entre ciencia profana y ciencia de fe. De tal manera, para dar un ejemplo, se ha actualizado nuevamente el problema del milagro. Según mi opinión, la estricta determinación de las últimas partículas físicas no excluye la libertad del hombre, como tampoco el hecho y la cognoscibilidad de los milagros divinos. Supongo como estrictamente determinadas a las partículas elementales en la física; pues concibo la relación de indeterminación de Heisenberg sólo en el sentido de una indeterminabilidad subjetiva, es decir, sólo en el sentido de que lugar y velocidad de las partículas atómicas, no se dejan determinar al mismo tiempo tan exactamente que permita fijar por su estado actual unívocamente el futuro. Contra esto, algunos científicos naturales y filósofos interpretan oportunamente (pero no siempre), a base de una posición positivista, la relación heisenbergiana en el sentido de una indeterminación objetiva, o sea, que niegan para el dominio atómico la validez de la ley causal, con su estricta coordinación de los mismos efectos a las mismas causas, y atribuyen a las partículas elementales diferentes posibilidades de reacción, hasta casi una cierta libertad. De tal interpretación algunos deducen la consecuencia general de que ya no puede hablarse de una determinación del acontecer físico —una presuposición fundamental de la física clásica— y que todas las leyes naturales deben concebirse como leyes estadísticas, como leyes de mera probabilidad, como reglas de la conducta media de un organismo colectivo. Esta manera estadística de consideración conduce a concepciones opuestas, referentes al problema del milagro. Unos acentúan que después de la transformación de todas

¹⁸ *Wiessen und Glauben als Bundesgenossen in der heutigen Zeit, in dem Sammelwerk: Die Natur das Wunder Gottes.* (Sabiduría y fe como aliados en la era actual, en la obra colectiva: La naturaleza - el milagro de Dios), p. 177. Editado por Eberhard Dannert. Berlin, 1942.

las necesidades estrictas en meras probabilidades, ya no debe oponerse la física a las doctrinas de la libertad humana y de la acción divina milagrosa; incluso sostienen que estas doctrinas se han hecho recién ahora comprensibles. En cambio, otros, a base de las mismas presuposiciones, niegan la posibilidad o, por lo menos, la cognoscibilidad del milagro, afirmando que las leyes naturales, por ser meras reglas de probabilidad no excluyen algunas pocas excepciones; y los "milagros" podrían ser justamente estas excepciones, con las cuales debe contarse de antemano, o, por lo menos, no podrían diferenciarse de éstas.

Sin duda que tales cuestiones discutibles, no han de faltar nunca. Pero en su consideración se debería proceder siempre con el mayor cuidado por parte de los representantes de la ciencia profana, así como de los de la teología, para que no se pongan prematuramente contradicciones, donde en verdad existen sólo dificultades que pueden vencerse en el transcurso de la investigación posterior. Así como debe exigirse de los representantes del saber, que no expresen nunca como resultados seguros meras presuposiciones, hipótesis, teorías, etc., así debe recomendarse a los representantes de la fe, que consideren siempre exactamente en la teología la diferencia entre meras opiniones doctrinarias y verdaderos dogmas. Y luego nunca deben olvidar los representantes del saber el carácter en cada caso provisorio, con necesidad de corrección de sus conocimientos, mientras que los representantes de la fe no deben pasar por alto que la Sagrada Escritura no tiene la intención de esbozar una imagen del mundo científico-natural o histórico y que en la consideración bíblica de la naturaleza y de la Historia debe diferenciarse exactamente "entre la forma literaria y el verdadero contenido". Pues,

"así como los enunciados de la biblia sobre las cosas de la naturaleza, no quieren dar ninguna explicación científico-natural del mundo, sino que en imágenes concretas y en adaptación a representaciones populares, tienden a una educación religioso-moral del hombre, en sus relaciones más esenciales con Dios y el mundo circundante";

así no debe esperarse tampoco de la historia primitiva bíblica

"ninguna enseñanza sobre problemas puramente científico-profanos de la era prehistórica, como, por ejemplo, referentes a su cronología, o al desarrollo cultural y racial de la humanidad"¹⁹.

Finalmente, se desearía que los representantes del saber escuchen con respeto la palabra de Dios y que los representantes de la fe sigan sin desconfianza, hasta con vivo interés, las investigaciones científicas y que tomen nota de los conocimientos nuevos. Estas exigencias a menudo no se las ha observado por ambos lados, en desmedro del saber y de la fe. Pero si se procede en ese sentido, entonces esta alianza armónica de ciencia profana y religiosa conducirá siempre a una comprensión verdadera y profundizada de la revelación natural y supranatural de Dios.

¹⁹ KARL WENNEMER. *Die Eigenart biblischer Geschichtsschreibung: Bindung und Freiheit...* (La característica de la historiografía bíblica, obligación y libertad...) p. 159, 149 y 162.

LA ACADEMIA DE PLATON

COMO ESCUELA IDEAL

(A propósito de la obra de Zürcher)

Por M. A. FIORITO, S. I., (San Miguel)

José Zürcher nos ha ofrecido, en el corto plazo de dos años, dos obras trascendentales para la historia literaria de la filosofía: la una sobre el Corpus Peripateticum, y la otra sobre el Corpus Academicum¹.

En ambas, *el problema* que se plantea es el de la autenticidad literaria de ambos Corpus, aristotélico y platónico, tal cual han llegado a nosotros. Y *el método* de trabajo es el criterio interno, basado en el lenguaje y contenido doctrinal. Y *las conclusiones* son semejantes, porque contradicen las autenticidades y cronologías ordinariamente admitidas.

Parece que nuestro autor trabajó ambas obras por separado. Al menos es indudable, porque él mismo lo confiesa, que terminó primero su trabajo sobre el Corpus Peripateticum (Cpe), antes de decidirse definitivamente sobre el Corpus Academicum (Cac).

Pero una vez terminados ambos trabajos, se puede decir que adquieren *una unidad* sistemática: un vínculo sustancial parece sustentar ambas obras, que trascienden entonces el caso particular que contemplan, el de Aristóteles o el de Platón, y apuntan de común acuerdo al hecho humano, que no es el de la mera redacción de uno u otro Corpus, sino el de las relaciones que se crean, dentro de una Escuela filosófica, entre el maestro y sus discípulos.

¹ JOSEPH ZÜRCHER, *Aristoteles Werk und Geist*. Paderborn, 1952. *Das Corpus Academicum* (con su *Lexicon Academicum*). Paderborn, 1954.